

Ana Luisa Ríos

Playa Tibi

Nací en Playa Tibi y crecí entre las garzas
buscando huevos de taricaya y también de tortuga,
las crecientes del río se llevaron esas tierras.
Mis papeles dicen que nací en Nauta,
pero mis ancestros son de todas partes,
aunque yo creo que nací libre como las garzas blancas.
Tuve una abuela de piel oscura y cabellos de luna
que vino tal vez de Esmeraldas
y murió abandonada donde nunca supe,
tuve un abuelo blanco que vino de las Españas.
Por mis venas corre, aunque mi gente lo calla,
sangre originaria, tal vez Mayoruna o Kukama.
Hablo el castellano amazónico y el de todas partes,
me encantan las fiestas de los animales y la fiesta de las frutas.
A veces vuelvo al lugar donde quedaba Playa Tibi
y me quedo mirando por horas las aguas mansas del río.

Maderero ausente

Las huellas dibujadas por los pies de mi padre

a u s e n t e

van marcando el camino que sube la cuesta

miro desde la puerta esperando su regreso,

escucho una voz intensa y sonrío presagiando sus pasos,

pero en el puerto, cuando el bote se detiene

busco entre los pasajeros que descienden

y no encuentro su rostro.

Hoy no está mi padre.

Recién se va y ya lo extraño.

Quiero que vaya y vuelva como un rayo.

¿Hasta cuándo esperaré?

¿Alguien lo sabe?

Lo adivino caminando con botas de jebe,

cambió su libertad por un mosquitero,

un par de pilas gastadas,

cinco kilos de alimentos y una camisa nueva.

¿En qué lo han convertido, sus patrones?

Es uno de los mil pies que cargan la madera,

en forma de cruz sobre el hombro.

Buscaré sus raíces en el corazón del triste monte

en la canoa que acodera en la orilla resbalosa.

Quiero escuchar su sabiduría con olor a palo santo

en el emponado de una casa que susurra su ausencia

y reírme con él como una tierna mariposa.

Chachamamu

Hilos finos que se bifurcan
en siluetas
son tus trazos en mis vasijas,
la vida respira en cada recoveco
donde estampas huellas de cerros y estrellas
patas frescas de animales,
plantas y peces multiformes,
hojas y figuras del monte:
diseños soñados en las visiones
del poderoso floripondio.
Pintas de rojo y negro
los recipientes con daúm o chípa
y crean universos constelados
en el vientre palpitante de las vasijas.

Sabio Waimaku

La muerte es una máscara
que huye ante tu sombra.

Tigre eres y tus rugidos ensordecen sepulturas,
vaticinas el destino de los hijos
en el vientre.

La sabiduría reposa en tus cabellos
en cuyos hilos serpentea la eternidad.

Manso en la paz y aguerrido en la guerra
bebes masato de yuca
en vasija con diseño telaraña,
tomas plantas sagradas
ayahuasca, tabaco y toé
y obtienes la fuerza de los espíritus,
el sagrado poder de Ajutap.

Yacimiento

Bajo el fresco rocío empapando su mirada,
con el rostro sereno y la mirada jubilosa,
la tierra sonríe contemplándose en las aguas.
Una sinfonía de loros acompaña
nuestros pasos de flores siempre vivas
anuncian la extraña e insólita presencia.
Vamos en busca de la arcilla suave
para amasar nuevos utensilios
con las tierras gredosas del monte.
La vida respira en el barro gris
y en las blanca tierras
las burbujas indican el tesoro ansiado,
deslizo mis manos estampando tus iniciales:
te descubrí al fin, impredecible yacimiento.

Lagarto negro

Interminable como una noche triste
se desliza un relámpago sobre el limo,
chapotea en las orillas cenagosas,
lanza coletazos de furia, rasga el aire
y mezcla la muerte con la vida.
Regresa a las aguas negras,
o a las pendientes abruptas,
solitario se oculta en los troncos flotantes
con incansable paciencia de cazador mitayero,
espera a las presas mansas, ingenuos animales que salen a beber
en las colpas,
bajo los plácidos calores de la luna plateada.
Centelleantes dientes de innumerables filas,
ojos de fuego, filudos cuchillos, ascuas.
Los hombres y mujeres le temían,
¿Quién es más fiero, el negro lagarto que se defiende?
¿O el hombre de la ciudad que lo mata?